

Hombres, ideas y libros

Una cruzada por la escuela en España

A fines de Septiembre de 1924, Luis Bello inició en «El Sol» de Madrid una campaña que muy pronto había de remover una zona, la más augural y la más consoladora, de la conciencia española.

El primer artículo de aquella campaña aparecía precisamente bajo el anuncio habitual de que el diario había sido revisado por la censura. Eran dos presencias seguramente ingratas la una a la otra por la profunda oposición de su significado. Una hablaba de materialidad, de fuerza sobrepuesta a las inteligencias, del drama entero de España. La otra era una noble voz hacia lo immaculado, hacia el porvenir; voz que ya tenía la madurez del fruto y la sabiduría generosa de un alma.

Así comenzó la cruzada de Luis Bello en favor de la escuela de primera enseñanza. El escritor ha trabajado infatigablemente, y el público del gran diario español, primero, y luego grandes masas de opinión en todas las regiones y provincias de España, instituciones particulares, asociaciones obreras, etc., no sólo le han escuchado con interés: le han ayudado y han terminado asumiendo la campaña en su aspecto de realización práctica.

La iniciativa de Luis Bello merece ser considerada como uno de los más importantes acontecimientos españoles del presente.

Juzguemos de la campaña escolar por este detalle que, en-

tre nosotros, será una sorpresa: fué comenzada por un hombre en Septiembre de 1924 y todavía no ha terminado; ya no terminará. Ha desbordado del periódico y encarnado en la vida española. Era natural el temor de que, cualesquiera que fuesen los dones intelectuales y literarios del escritor, la campaña, después de interesar pasajeraamente a los maestros, fatigaría al público. No ha sido así, como se ve. El público leyó, cada vez más aliento y, por último, marchó con el periodista y fué a afiliarse en la Sociedad de Amigos de la Escuela, fruto primero de la propaganda emprendida. Una simpatía unánime de la prensa y de cuantos podían aportar algo a la campaña le dió pronto amplia resonancia.

En una relación de su cruzada, hecha a solicitud de algunos colegas, Luis Bello ha dicho refiriéndose al origen de ella:

«Fué en Septiembre cuando publicó «El Sol» mi primer artículo sobre las escuelitas rurales. Vizcaya acababa de inaugurar la escuela de San Julián de Musques, en el camino histórico de Semorrostre, al pie de los montes del hierro. Era una buena ocasión para comparar el esfuerzo de las mejores provincias españolas con la pasividad y la inercia de esta zona muerta que rodea la capital de la nación. Siempre creí en el extraordinario influjo de la escuela en un pueblo donde la inmensa mayoría no pasa a enseñanzas superiores, ni siquiera al bachillerato. Y cuando todos mis compañeros en letras andaban buscando la razón de que España lea—y compre—tan pocos libros, yo procuré destacar la importancia de un dato que ellos desdeñaban: el dato de que la mitad de los españoles no sabe leer.»

Comenzó, pues, visitando las escuelas de lo que él llamó «el cerco de Madrid» y relatando en las páginas de «El Sol» las observaciones e impresiones recogidas en su visita. Y el cuadro de las escuelitas rurales, con todas sus deficiencias, su pobreza, sus estrecheces, su dramática insignificancia respecto de la grandeza de la misión que a ellas incumbe, fué revelándose elocuentemente a la opinión española. No descuidó aspecto alguno del

problema y todo lo abordó con un sentimiento tan lleno de amoroso interés que bastaría para explicar las crecientes simpatías que fué conquistando.

Como un desarrollo natural de la campaña recorrió luego las regiones y abarcó manifestaciones más amplias: dió conferencias, promovió reuniones, suscitó en todas partes un movimiento de ayuda y de fomento en favor de la escuela.

Donde hubo que alentar iniciativas ya emprendidas lo hizo con entusiasmo; donde el esfuerzo de los maestros— y esto fué casi en todas partes, porque Bello encontró muchos buenos maestros— mereció reconocimiento y aplausos, los dió sin reservas.

Los males que fué hallando a su paso no le arrancaron estériles protestas ni esas declamaciones airadas que rara vez son el síntoma de una obra creadora. Los miró con pena, alguna vez con indignación, pero sus pensamientos y sus palabras se orientaron siempre con una bondad enérgica y paternal, consciente de los tesoros de abnegación, de paciencia, de buena voluntad que era preciso invertir para curarlos.

No fué a combatir la escuela, sino a combatir por la escuela. Y su procedimiento era acaso el único adecuado para obtener no un entusiasmo fugaz, sino una disposición perdurable, enraizada y fecunda en toda España.

Frente al problema que iba mostrando, ya conocía lo que era dable esperar de los recursos oficiales. En uno de sus primeros artículos ironizaba acerca de este punto. Dirigiéndose a algunos maestros, de Madrid que le escribieron para animarlo a proseguir su campaña, decía:

«Lo que pedimos está ya concedido. Desconocíamos los antecedentes—por lo menos yo.—Hay disposiciones oficiales que se han adelantado a estos artículos; y basta reproducirlas para comprender que no era indispensable insistir sobre el tema. Todavía hoy podemos solicitar la construcción de escuelas sin ponernos en ridículo; pero dentro de algunos meses habría sido absurda nuestra gestión. Hay un decreto de 17 de Diciembre de 1922 cuyo artículo 1.º dice:

«Todos los Ayuntamientos están obligados a instalar y conservar las Escuelas Nacionales de Primera Enseñanza en los locales que reúnan condiciones higiénicas y pedagógicas para la educación de los niños comprendidos en la edad escolar y a proporcionar a sus maestros vivienda capaz y decorosa.

«El cumplimiento de estas obligaciones será exigido a todos los Ayuntamientos, a fin de que en un «período de cinco años» que determina el Real decreto de 3 de Marzo de 1922 estén éstas atendidas de modo normal y conveniente.»

«Van ya trascurridos—continúa Luis Bello—más de tres años desde esa fecha. Apenas les queda año y medio a los Ayuntamientos para cumplir esa obligación. Es decir: que si aguardamos un poco hubiéramos llegado tarde, cuando las escuelas estuvieran ya construídas y todos los maestros satisfechos. El 3 de Marzo de 1927 «no habrá problema».

La empresa de Bello habría sido estéril si se hubiese dirigido preferentemente al Estado. Era a la opinión, a las energías vivientes de los pueblos, de las ciudades, de las provincias a las que había que llamar en auxilio de la escuela. Así lo repitió y lo hizo comprender y sentir en sus artículos y en sus conferencias.

—Vengo en realidad—ha dicho al relatar una de sus visitas por Castilla y León—buscando un gran ejemplo donde apoyar y robustecer mi convicción de que a este pobre Estado, menor de edad, incapaz de valerse por sí mismo en asunto que tanto le importa como la instrucción de sus hijos, hemos de sacarle adelante entre todos, mientras no sepa cumplir con su deber. En Salamanca no hace escuelas el dinero del Estado. Sus tres mil millones de pesetas no llegan a eso. Pero ya están construyéndolas, de prisa y bien, los céntimos de los trabajadores. Es paradójico, ¿verdad? Es el obrero quien va a hacerle la caridad de sustituirle, dando medios a los Ayuntamientos, con tal eficacia que en pocos años no habrá en las tres provincias de Salamanca, Avila y Zamora un solo pueblo sin escuelas. Cuando hayamos vencido este largo período de la Prehistoria pedagógica en España y las escuelas que ahora veo sean como

cavernas del maestro neolítico, quedará memoria del esfuerzo más interesante y más simpático: el de las Cajas de Previsión Social.

Pero no fué en Salamanca, en Avila y en Zamora únicamente donde el escritor halló el ejemplo que buscaba. Lo encontró también, y lo reveló con gratitud y con alentador entusiasmo, en muchos otros pueblos y provincias, en los cuales la iniciativa de los particulares, de abundantes o de escasos recursos, realizaba una obra mucho más inteligente, más amplia y más eficaz que la que el Estado podría cumplir en largo tiempo.

En esta revista de la íntima fuerza de España se ha destacado con particular vigor el aporte de los emigrados en América, los indianos. Se trata de una obra inmensa, que se ha desarrollado y continúa desarrollándose mediante fundaciones que, para el fomento de la enseñanza en su tierra de origen, han hecho y hacen principalmente los asturianos que residen en América.

Muchos son los rasgos interesantes de la cruzada escolar emprendida por Luis Bello. Es, al mismo tiempo, la obra de un pensador, de un escritor admirable, de un alto maestro y de un caballero andante. Para los que la miramos desde esta distancia de tiempo y de espacio, ella posee, además de todos sus méritos, el valor de habernos confirmado en una fe y una esperanza que los hechos superficiales y oficiales de España se empeñaban en combatir: la fe y la esperanza de que España viva realmente y de que acabará por triunfar de las adversidades y del infortunio.

R. CABRERA MÉNDEZ.